

Rovaletti, María Lucrecia

Fragilidad y fiabilidad en las sociedades post-industriales

Revista de Psicología Vol. 1, N° 1, 2005

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Rovaletti, M. L. (2005). Fragilidad y fiabilidad en las sociedades post-industriales [en línea]. *Revista de Psicología*, 1(1).

Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/fragilidad-fiabilidad-sociedades-post-industriales.pdf> [Fecha de consulta:.....]

Fragilidad y fiabilidad en las sociedades post-industriales

María Lucrecia Rovaletti
CONICET - UBA

Resumen

La velocidad de los cambios y la suspensión de las barreras a la comunicación, parecen haber convertido al hombre en un ser desarraigado. No hay territorio de familiaridad sino una fragmentación que combina familiaridad y extrañeza. La ruptura del anclaje de la tradición conlleva a un adelgazamiento del “espacio de la experiencia”, y al progresivo desvanecerse del “horizonte de expectativas”. Los marcos con los cuales se construye e instala un mundo se han perdido y se requiere un discurso de lo humano atento a las diferencias. Ante un *yo plano*, ante un sujeto moderno que se mide por el apetito de lo nuevo, de un futuro cargado de promesas que deviene el único presente, los valores se homogeneizan. La identidad está ahora excedida por lo que es lo otro, por fuerzas que no controla. La identidad se encuentra ante el desafío de una fragilidad y fiabilidad que el mundo actual carece.

Abstract

It seems that the speed of changes and the suspension of communication barriers have turn man into a rootless being. There is not familiarity territory but a fragmentation combining familiarity and bizarreness. The fracture in the anchorage of tradition implies a thinning down of the “experience space”, and the progressive fading out of the “horizon of expectations”. The reference frames with which we build a world and settle in it are lost and a discourse about the human, heedful of differences, is necessary. Before a *lay ego*, before a modern individual measured by the appetite for the new, before a future loaded with promises that becomes the only present, all values homogenise. Identity is at present surpassed by the other, by forces he cannot control. Identity faces the challenge of a fragility and reliability the present world lacks.

Palabras clave: Culture Change, Cross Cultural Communication, Ethnic Values, sociocultural Factors, Social Identity, Social Controls, Social Values.

Correspondencia: Lucrecia Rovaletti
Universidad de Buenos Aires. CONICET
CP: 1107AFD. Buenos Aires. Argentina.
mlrova@psi.uba.edu.ar

La identidad entre la fragmentación y el cambio

Caracterizar a la modernidad a partir de la noción de “sociedad de riesgo” (Beck, 1998; Beriain, 1996, Giddens, 1995), implica enfatizar aspectos que nos remiten a la actitud de duda, sospecha, crítica, incertidumbre, pero también a la ruptura con la tradición, la revisión de supuestos, el ritmo acelerado de innovaciones. Pareciera que la modernización, entendida como incremento de opciones, sólo pudiera realizarse a costa de este enfrentamiento con las ligaduras religiosas, morales, políticas y culturales. El “riesgo” deviene entonces una categoría clave en la medida en que a su alrededor se estructuran mecanismos de producción, distribución y división de peligros (Eibl-Eibesfeldt, 1996). La expansión temporal de las opciones conlleva también una expansión de los riesgos: ante la variedad de posibilidades, puede ocurrir que ocurra lo *otro* y no lo esperado.

Y todas aquellas posibilidades que las sociedades tradicionales atribuían a la fortuna, se aplican actualmente a la sociedad industrial. Ahora, el riesgo aparece como un “constructo social histórico” (Beriain, 1996, pp. 8-9), determinado por la percepción que una sociedad tiene de lo normal y seguro. Veamos, como ejemplo algunos indicadores de la sociedad (Beck, 1998; Lipovetsky, 2004; Bobbio, 1994):

- A pesar de la democracia parlamentaria, hay una serie de promesas no cumplidas.
- A pesar de haber alcanzado “un capitalismo avanzado”, continúan las pérdidas por las turbulencias de los mercados, las contingencias en la producción.
- A pesar de una sociedad estable en términos de macrogrupos, todavía son tiempos de lucha por los derechos individuales, de las minorías, ecológicos.
- A pesar de las ventajas y derechos adquiridos a nivel laboral, éstos han sido desmantelados por las políticas neoliberales provocando despidos, cesantías, precarización laboral en cualquier nivel.

- A pesar de los adelantos científicos, se han acrecentado algunos riesgos en torno a la salud debido al tipo de alimentación, a los productos tóxicos, a la contaminación del medio ambiente, incluidos suelos y mares.
- A pesar de las consecuencias de la liberación, sobre todo post 1968, ha ido creciendo una inquietud por los conflictos en torno a la vida privada: divorcios, separaciones, custodia de los menores.
- A pesar de los avances de la ciencia, algunos de ellos han recibido serios cuestionamientos éticos por parte de una sociedad que ejerce una duda metódica debido a sus aplicaciones y a sus resultados inciertos.
- A pesar de que el auge de la cultura de la imagen ha transformado radicalmente las modalidades de adquisición de conocimientos, se plantea una preocupación ante la posibilidad de empobrecimiento del aparato cognitivo.
- A pesar de que el “ciberespacio” es el “lugar virtual” donde se intercambian tanto informaciones como sistemas de creencias, más allá de los ámbitos de trabajo parece haber colonizado el tiempo libre del hombre actual.

Si la ideología y la fe en un progreso siempre creciente propio de la modernidad, dejó de tener actualidad frente a la reivindicación gozosa y libertaria de la postmodernidad propia de los 60 a los 90, Lipovetsky (2004) plantea ahora una nueva superación a través de la noción de “hipermodernidad”. Con ello entiende a este nuevo período contemporáneo en el cual cada aspecto de la existencia presenta una vertiente de exceso y una dualidad, en el que más que nunca la frivolidad enmascara una profunda ansiedad. De allí nace finalmente una relación crispada con el presente, donde triunfa el reino de la emotividad angustiada, donde el hundimiento de las tradiciones es vivido con inquietud y no como una conquista de la libertad.

Frente a este orden post-tradicional donde parecen haberse perdido los parámetros que nos servían para determinar nuestra identidad, la pregunta que surge entonces es ¿cómo lograr categorías de comprensión que permitan atravesar la *opacidad* de este tipo de sociedades conformadas por el continuo avance en el conocimiento técnico y por un predominio de la presencia de “sistemas abstrac-

tos”, de “mecanismos impersonales” (Birulés) o “sistema de expertos” a quienes se deposita la confianza otrora otorgada a lo divino? ¿Cómo lograr seguridad cuando sabemos que estos sistemas fracasan, como Chernobyl, y otros tantos más?

*La **continuidad** de los modelos de significado instituidos en el pasado es contestada por la **discontinuidad** instituyente de un horizonte de nuevas opciones que configuran una aceleración de los intervalos de cambio económico, político, etc. (Beriaín, 1996, p. 10).*

Este proceso de *diferenciación y delimitación frente al pasado* se realiza en el ámbito de una multitud de sistemas a veces contrapuestos. Las características del sujeto centrado en una *identidad* fuerte se relativizan frente a las posibilidades de una comunicación globalizada, no siempre representativa, de la propia idiosincrasia. No es posible pensar ya *la identidad del yo* como algo meramente dado o constituido como resultado de las supuestas continuidades del sistema de acción individual. El individuo está traspasado y excedido por lo que es *otro*, por fuerzas que no controla. De este modo, no puede considerarse como el autor del sentido de sus acciones, sino en todo caso meramente como actor; está sometido a una andanada de estímulos sociales, como consecuencia de los avances en los medios masivos -radio, TV, internet, transmisión vía satelital, computadoras.

Atrapado en actividades a menudo contradictorias e incoherentes, uno se angustia por la violación de su sentimiento de identidad, experiencia que luego se revierte hasta sentir los embelesos del ser multiplicado (Gergen, 1997, p. 38).

Ahora bien, si afirmar la identidad es hacerlo simultáneamente para sí y para los otros, si “*nuestras relaciones en público representan el modo en que queremos ser vistos y, por tanto considerados*” (Cruz, 1996, p. 12), habrá que pensar entonces cuáles son las modalidades y las consecuencias que los logros tecnológicos y estos estímulos sociales han producido a lo largo del siglo en nuestra forma de revelarnos a los demás. En efecto,

La saturación social nos proporciona una multiplicidad de relaciones incoherentes y desvinculadas entre sí. Para cada cosa que “sabemos con certeza” sobre nosotros mismos, se levantan resonancias que dudan y hasta se burlan (Gergen, 1997, p. 26).

Esta *fragmentación* del yo es consecuencia de interacciones que lo impulsan en distintas direcciones, y lo incitan a desempeñar tal variedad de roles que esfuma el concepto mismo de un yo dotado de características reconocibles.

Las modalidades actuales de socialización aumentan cada vez más nuestra capacidad de *saber acerca de*, es decir de asimilar un cúmulo de información respecto de las pautas del intercambio social. Aumentan también la capacidad de *saber cómo*, a fin de poner en la práctica esos conocimientos sociales para lograr un mayor desempeño social.

En este sentido, cada yo que se asimila de los demás acaba convirtiéndose en “voces interiores” (Gergen, 1997) al modo de vestigios de relaciones reales o imaginarias, en “visitantes invisibles” (Watkins, 1986). Todos estos yoes –estos personajes (Goffman, 1961)– permanecen latentes y podrán surgir cuando las circunstancias así lo exijan. Son los “cuerpos trashumantes” (Mons, 1994), son esas metamorfosis constantes que la sociedad exige en una misma jornada. Son *trashumantes* porque se trasladan en masa, de un lugar a otro; y son también *trashumanos* porque “el estatuto del hombre está en composición permanente”, inventándose “continuamente posturas en el interior de una trama sin embargo ritualizada”. “Es preciso tener varias ‘envolturas’ ” para adaptarse a lugares diversos (Mons, 1994, p. 184).

Más aún, la tecnología actual a través de la revolución cibernética no sólo ha ampliado la gama de relaciones humanas sino que ha transformado ciertos vínculos cara a cara en relaciones virtuales, anónimas e imaginarias. Si bien esta *colonización del yo* nos abre múltiples posibilidades, también acaba impermeabilizando nuestra vida. Se trata entonces de buscar cómo proteger la intimidad de la *saturación de las tecnologías “externas” del yo*, es decir de reivindicar el derecho del sujeto a protagonizar su propia existencia.

Para asegurar la continuidad y consistencia de sus cambios en las circunstancias personales y en los espacios sociales, el individuo actual está obligado a mantener su identidad en la dimensión vertical de su biografía con su tránsito por los diversos estadios y por otro, en la dimensión horizontal, es decir en las respuestas simultáneas a las diversas estructuras de expectativas. Lejos de la inmediatez del “yo soy” del sujeto moderno, es preciso pensar la identidad como una siempre “renovada capacidad de referirse a sí mismo o a sí misma y al propio actuar en un mundo” (Birulés, p. 233).

¿Una ampliación o una reducción del mundo?

La velocidad de los cambios y la suspensión de las barreras de la comunicación, no parecen haber convertido al hombre en “ciudadano del mundo” sino en un ser desarraigado, cerrado en su propio exilio. Los viajes, las aventuras como posibilidad de salir de sí hacia *lo otro*, lo colocan más bien frente a una extraña y peligrosa mezcla de seguridades y riesgos.

El proceso de globalización, resultado de los cambios tecnológicos y mediáticos, indudablemente constituyen una ampliación del mundo, una abolición de las distancias y lejanías, sin embargo las supuestas cercanías sólo traducen una contigüidad que acentúa aún más las diferencias. No hay “territorio de familiaridad” sino una fragmentación que combina familiaridad y extrañeza, seguridad y riesgo. Son los no-lugares, los espacios de no-identidad, de los que habla Marc Augé (1994).

Mas aún, en estos “tiempos hipermodernos” (Lipovetsky, 2004), ya no se puede disfrutar del placer inmediato al modo de una sociedad “Kleenex”, porque pesa una enorme ansiedad sobre el futuro, fruto de las crisis económicas, del desempleo y de un creciente temor asociado a temas de la salud, donde la “ideología de la prevención” prima sobre la del “disfrute”.

Si la modernidad tardía implica la *ruptura de las tradiciones* porque el pasado no arroja luz, si también el futuro se presenta carente de modelos en los que inspirarse y “marcos referenciales” (Taylor, 1976), más que una *promesa* cargada de *sentido* parece presentarse como una *amenaza*. ¿No será que tal vez no estemos a la altura de la previsión y el control de la complejidad? ¿Podemos hablar de un conservar y simultáneamente innovar, más allá de todo compromiso vacío con lo efímero? ¿Se trata de una pérdida de memoria, o de una imposibilidad para adquirirla?

El individuo pareciera moverse entre el temor ante los riesgos que escapan a su control y los intentos de reafirmar su identidad, entre un fuerte pesimismo acerca de la posibilidad de un discurso reflexivo y crítico sobre el presente, y una fuerte euforia derivada de la fácil eliminación del sujeto. Se busca sustituir al espectador “objetivo” externo, y de un modo casi maniaco se pretende alcanzar con una inalcanzable coreografía todas las perspectivas, todos los lugares y no excluir ninguna diferencia. ¿Este “desde todas partes” no es acaso tan “omni-abarcador” como la razón moderna?

Frente a la continuidad de modelos del pasado, el hombre actual debe enfrentar la discontinuidad de las distintas opciones, asociadas a un “politeísmo” de los nuevos valores (Beraian, 1996). Si en un primer momento esto puede llevar a un optimismo en torno a las nuevas opciones vitales, pronto surge un pesimismo por la selectividad de este modelo racionalizante. Los cambios constantes van acumulando una suma de improbabilidades hasta llegar a un orden fuertemente precario: lo improbable se vuelve probable, constante. ¿Cómo lograr un pensamiento que se reconozca su precariedad sin renunciar a su propia reflexividad?

Es verdad que “la saturación social y la colonización del yo desorganizan la sociedad” (Gergen, 1997, p. 223), volviendo anticuados los compromisos y favoreciendo una multiplicidad de vínculos parciales y precarios. Es verdad que hasta hay toda una industria para la *producción de la identidad*, como las famosas series de libros de “Cómo ser.”, “Cómo conseguir”, o las empresas que preparan “recursos humanos” como paquetes enlatados listos para ser comercializados. Sin embargo, a pesar del carácter relativo de los compromisos transitorios, no obstante son posibles ciertos compromisos dentro de la jurisdicción del juego serio, insiste Goffman (1982). Si bien toda persona busca ser aceptada en su “carrera social”,¹ la sociedad posmoderna es capaz también de tolerar las brechas de la “carrera moral”. “Ninguna anomalía es una señal elocuente de la personalidad de alguien, [...] las posibilidades de cada cual son múltiples, y tal como están las cosas no son motivo de preocupación” (Goffman, 1961, p. 250).

De modo similar, afirma Julia Kristeva (1987, pp.7-8),

...el descubrimiento de que yo mismo, en los planos más profundos de mis apetencias y deseos, soy insegura, carente de un centro fijo, dividida..., no suprime mi capacidad de compromiso y de confianza, sino que –me vuelve literalmente y de ningún otro modo– lúdica (en el sentido que es lúdica una pieza de música).

Entre divergencias y contingencias, afrontar el riesgo

Se dice que vivimos en un tiempo en el que el pasado se encadena débilmente al futuro, en el que la aceleración impide que las experiencias anteriores sirvan de

¹ Goffman insiste que además que la *carrera* (currículo) profesional donde sólo se anotan los elementos positivos, hay otras *carreras* como las del *paciente* donde se presentan los negativos.

modelos actuales, en que el afán de novedades traduce el “imperio de lo efímero”. Frente a la diversificación funcional de las esferas sociales, los procesos de comunicación tienen que hacerse cargo de las divergencias y contingencias de las identidades, y para ello se precisa una transformación de las “estructuras simbólicas directivas” de comunicación.

En efecto, nuestros juicios, intuiciones o reacciones morales constantemente están sostenidos por “marcos referenciales”, que como trasfondo implícito o explícito dan “sentido a nuestras repuestas morales” (Taylor, 1976, p. 42). Y si bien el “desencanto” de la cultura actual ha socavado las tradiciones, hay que reconocer que estos “marcos” constituían otras tantas opciones.

Si la *identidad* se define por los compromisos e identificaciones que se dan dentro de un horizonte y cualifican en cada caso lo que es bueno, valioso, lo que se debe hacer, o lo que se aprueba o lo que se desaprueba, la pérdida de éste dejaría a la identidad a la deriva, y ante una desconcertante incertidumbre respecto al lugar desde el cual posicionarse.

Habiendo desaparecido aquellos marcos con los cuales construíamos y nos instalábamos en el mundo, se trata de apropiarnos de otros nuevos, o renovar aquellos, a fin de aprender a con-vivir con una contingencia y ambigüedad irreducibles, pero sin someterse pasivamente a ellas.

Si la identidad no se comprende como un mero conocimiento de sí sino como la renovada capacidad de referirse a sí mismo y al propio actuar en el mundo, ¿cómo lograrlo en un mundo de extraordinaria *fragilidad*? En una sociedad instrumentalizada, de asociaciones móviles ¿qué tipo de fiabilidad es preciso constituir? Ante un *yo plano*, sin espesor, que va adelgazándose en términos del “compartir”, ante un sujeto que se mide por el apetito de lo nuevo, ante un futuro cargado de promesas que deviene el único presente, todos los valores parecerían homogeneizarse.

Sin embargo no es posible pensar ya desde una lógica de la razón des-vinculada. Más allá del “otro generalizado” (Mead, 1972), es preciso plantear un “otro concreto”, es decir mostrar a los individuos no sólo como sujetos de derecho y por tanto iguales, sino como diferentes en función de su singularidad, o de su condi-

ción de miembro de una cultura o forma de vida. En efecto, pensar en el “otro concreto” (Birulés) permite poner en claro los límites ideológicos del discurso universalista y abrir una vía para repensar una nueva concepción de la subjetividad moral, una “responsabilidad sin fronteras” (Lipovetsky, 2004), a fin de dar contenido a términos como solidaridad o responsabilidad ligados a la moderna categoría de sujeto.

Si como dice Prini (1975), todo discurso se da en una situación, ¿por qué no pensar la *fiabilidad* como el *a priori* de todo discurso, y por tanto de la socialidad humana? Se trata de pensar en una fiabilidad que pueda acoger también la dimensión de *tranpasibilidad* del ser humano (Maldiney, 1991), es decir esa capacidad que él mismo ignora cotidianamente pero que le permite acoger lo inesperado, lo que no era esperado pero que es *necesariamente*. Nos sorprende entonces que “hay” un mundo, un horizonte de sentido que me acoge poniéndome en movimiento y que justifica absolutamente mi confianza, ingenua y no tematizada, en esta Tierra: somos pasibles de lo imprevisible, de esa capacidad infinita de apertura.

Seguridad e inseguridad son dos formas de contrarios en los que tiene lugar constantemente nuestra vida; ambas son, por decirlo así, la estructura misma de nuestra esencia: certeza en la incertidumbre, incertidumbre en la certeza, seguridad en la inseguridad, e inseguridad en la seguridad, angustia que ha encontrado un refugio provisorio, seguridad atacada por la incertidumbre (Carrasco Pirard, 2003, p. 27).

Bibliografía

- AUGÉ, M. (1994). *Non-lieux. Introduction à une anthropologie de la surmodernité*, París: Editions du Seuil, 1992. Traducción Margarita N. Mizraji
- BAUMAN, Z. (1999). *La società dell'incertezza*, Bologña, Il Mulino, 1999.
- BAUMAN, Z. (1991): *Modernidad y ambivalencia* (Modernity and ambivalence, Polity Press), en J. Beriaín, *op.cit.*
- BECK, U. (1998). *Risikogesellschaft. Auf dem Weg in eine andere Moderne*, Frankfurt: Suhrkamp, 1986.
- BERIAÍN, J. (comp.): *Las consecuencias perversas de la modernidad: Modernidad, contingencia y riesgo*. Barcelona, Anthropos, 1996. Traducción de Celso Sanchez Capdequí. Prólogo de J. Beriaín - El doble sentido de las consecuencias perversas de la modernidad.
- BIRULÉS, F: Del sujeto a la subjetividad, en M. Cruz (op.cit.) pp. 223-234.
- BOBBIO, N. (1994): *El futuro de la democracia*, Buenos Aires: Planeta-Agostini. (The Future of Democracy. Oxford, Polity Press, 1986).
- BOCCHI, G. y CERUTTI, M. (1985) (a cura di): *La sfida della complessità*, Milán: Feltrinelli.
- CARRASCO PIRARD, E. (2003). Ensayos sobre la accidentalidad, *Revista de Filosofía*, Chile, Vol. LIX: 23-46.
- CHAMOND, J. (1999). Composantes basales de la confiance et rapport au monde, *L'Information psychiatrique*, 3, 245-251.
- CRUZ, M. (1996). *Tiempo de subjetividad*, Barcelona: Paidós, "Ese extraño problema que nos constituye, en Cruz (os.cit.) , pp. 9-16.
- DOUGLAS, M. (1996). *La aceptabilidad del riesgo según las ciencias sociales*, Barcelona, Paidós. (*Risk acceptability according to the social sciences* / by Mary Douglas. - New York: Russell Sage Foundation, 1985).
- EIBL-EIBESFELDT, I. (1996). *La sociedad de la desconfianza*, Barcelona, Herder. *Wider die Misstrauensgesellschaft, Streitschrift für eine bessere Zukunft*, Munich: Piper-Verlag 1994. Traducción: Fortea, Carlos, Prólogo de: Roth, Joseph.

- GERGEN, K. (1997). *El yo saturado*, Barcelona: Paidós *The saturated Self. Dilemmas of Identity in Contemporary Life*. Basis Books, Harpers Collins Publishe Inc, (1991).
- GOFFMAN, E. (1961). La condition de felicité, en *Façons de parler*, París: Minuit, 1982; *Asylum*, New York, Doubleday.
- GONZÁLEZ QUIRÓS, J. L.(1998). *El porvenir de la razón en la era digital*, Madrid: Síntesis.
- GUIDDENS, A. y otros (1996). *Las consecuencias perversas de la modernidad*, Barcelona: Anthropos.
- GUIDDENS, A. y otros (1995). *Modernidad e identidad del yo*, Barcelona, Península. (Modernity and Self-Identity, Self and Society in the Late modern Age, Stanford, CA, Stanford University Press, 1991).
- KRISTEVA, J (1987). *In the beginning was love*, New York, Columbia University Press. (Au commencement était l'amour. Psychanalyse et foi, París: Hachette, 1985. Traducción por Arthur Goldhammer
- LIPOVETZKY, G. (2004). *Les temps hypermodernes*, Paris: Grasset.
- LUHMAN, N. (1991): *El concepto de riesgo*, (Soziologie der Risikos, Berlin, Gruyter,) en J. Berain, *op.cit.*
- LUHMAN, N. (1992): *La contingencia como atributo de la sociedad moderna* (Beobachtungen der Moderne, Opladen Westdeutscher) en J. Berain, *op.cit.*
- MALDINEY, H. (1991). De la transpassibilité, en *Penser l'homme et la folie à la lumière de l'analyse existentielle et de l'analyse du destin*, Grenoble: J. Millon.
- MEAD, G. H.(1972). *Espíritu, persona y sociedad*, Buenos Aires, Paidós. Mind, Self and Society, from the Standpoint of a Social Behaviorist, Chicago-Illinois, The University of the Chicago Press. Ed. by C.W. Morris, 1934. Traducción de Floreal Mazía).
- MONS. A. (1994). *La metáfora social; imagen, territorio, comunicación*, Buenos Aires, Nueva Visión. (La métaphore social. Image, territoire, communication, París: PUF, 1962. Traducción de Horacio Pons).
- MORAVIA, S.(1999). *L'enigma dell'esistenza; Soggetto, morale, passioni nell'età del disincanto*, Milán, Feltrinelli.
- PRINI, P (1975). *Discorso e situazione*, Roma: Studium, 1975.
- TAYLOR, Ch.(1976). *Las fuentes del yo; La construcción de la identidad moderna*, Barcelona, Paidós. (*Sources of the Self. The making of the*

modern identity. Cambridge-Massachusetts: Harvard University Press, 1989. Traducción de Ana Lizón).

WATKINS, M. (1986). *Invisible Guests: The Development of Imaginal Dialogues*, Hillsdale (New Jersey): Analytic Press.